

Hispanoamérica

LOS NUEVOS MILITARES

Por JUAN ALDEBARAN

El general Viaux se alzó en Chile. Levantó sus insurrectos en el cuartel de Tacuá, pero el golpe no fraguó. No se le sumaron los altos jefes militares, y el general Mahr le derrotó con la guarnición de Santiago. Simultáneamente sucedieron unos acontecimientos de reacción civil: los sindicatos obreros lanzaron la huelga general, los estudiantes se encerraron en los centros de enseñanza y salieron a la calle manifestaciones populares de repulsa a la insurrección. Viaux terminó rápidamente su «cuartelazo» con una declaración por lo menos confusa: no intentaba —dijo— derribar el poder civil ni cambiar el rumbo histórico de Chile, sino que su golpe era puramente «profesional», exclusivamente de militar contra militares. Estaba descontento del mando, y quería cambiarlo. Quizá esta declaración sea, simplemente, una posición jurídica de defensa para el Tribunal de Justicia Militar que ha de juzgarle, una forma de encuadrar su alzamiento en lo puramente «técnico» para huir de la acusación de alta traición. Percibe la sensación general es la de que Chile ha escapado de un pronunciamiento militar que hubiese llevado al poder una junta como la que ya tienen sus tres vecinos —Perú, Bolivia, Argentina—, como la que tienen los vecinos de sus vecinos. Puede ser que el general Viaux hu-

mista, autor de grandes proyectos —la «carretera marginal del bosque», principio de una reforma agraria— y amigo de los Estados Unidos. Se decía que las oligarquías le tenían dominado. Belaúnde había firmado un acuerdo con la International Petroleum Company, filial de la Standard Oil de Nueva Jersey, lo que le valió una denuncia de traición a los intereses nacionales. El general Alvarado, al tomar el poder, denunciaba esos acuerdos, reclamaba a la IPC cuentas atrasadas y nacionalizaba las fuentes de petróleo, al mismo tiempo que extendía la vigilancia sobre las aguas jurisdiccionales, yendo así al encuentro de los pesqueros norteamericanos. Washington recogió el desafío. Ni el envío de negociadores ni la amenaza de sanciones produjo el regreso en la actitud de Velasco, que conseguiría así sumarse ciertas fuerzas populares que luchan contra el imperialismo económico de los Estados Unidos.

● Sigue Bolivia

El estilo prendió en Bolivia un año después: el 25 de septiembre de 1969, un comunicado anunciaba que el mando de las fuerzas armadas había depuesto al Presidente Luis Adolfo Salinas y que el poder estaba en manos de una junta militar presidida por el general



Ante el Palacio Nacional chileno, rodeado de un cordón de vehículos, la población civil se manifiesta contra el fallido golpe militar encabezado por el general Viaux. La sensación general es que Chile ha escapado a un pronunciamiento que hubiese llevado al poder una junta militar como la de sus vecinos Bolivia y Perú...

biese sentido la inspiración de convertirse en un «nuevo militar» como los que ya tienen el poder en Bolivia y en Perú.

● El primer desafío

El invento es peruano. El general Velasco Alvarado se alzó con el poder el 3 de octubre de 1968 y mandó al exilio al Presidente Fernando Belaúnde Terry, un arquitecto de filiación liberal en la línea de la democracia cristiana, refor-

Alfredo Ovando Canía. El nuevo Gobierno se definía como «revolucionario», y emitía la consagrada fórmula de que el levantamiento se había producido para evitar la anarquía. Anunciaba el rápido restablecimiento de relaciones con los países del Este de Europa —comunistas— y la liberación del país de los intereses extranjeros. El general Ovando no es un hombre de izquierda. Ha llevado personalmente fases de la lucha contra los guerrilleros en operaciones que

estás **PK**



• VISTA OVIDIO

viste una camisa
imPKble!

VISTA UNA CAMISA



* Esta es la línea de una camisa que ha merecido, con exclusividad, el calificativo de IMPKBLE, gracias a la unión de grandes fabricantes y confeccionistas de primera línea que le otorgan el diseño de plena actualidad, calidad ininterrumpida y controlada

PK crea moda para los IMPKBLES

condujeron a la muerte de «Che» Guevara y, ahora, de «Inti» Peredo, compañero de lucha del comandante Guevara. Sin embargo, ha introducido en su Gobierno personalidades conocidas como progresistas y ha abierto las puertas del país a Juan Lechin, revolucionario minero, viejo luchador sindicalista, en cuya acción estuvo el principio de las nacionalizaciones del estaño —las minas de Patiño y Rothschild—, que ha declarado al llegar: «Si el movimiento del general Ovando es realmente una revolución nacional y de izquierda, tendrá que liberar al país de los monopolios extranjeros y nacionalizar la compañía de petróleos Gulf Oil Company, y las reservas de gas natural del país». La palabra «izquierda» no ha sido pronunciada por Ovando, ni por su colega peruano Velasco. Las palabras «revolución» y «nacionalización» son, sin embargo, su pan de cada día. La semana pasada la Gulf quedó ya nacionalizada. Se negocia la de los teléfonos: la International Telephone and Telegraph tendrá que traspasárselos a la Compañía Peruana de Teléfonos. Se prepara una «estatificación de la Banca». Pero todas estas palabras se usan con matices y medidas. Broncas en la forma, son relativas en el fondo. En Perú, el ministro de Economía y Finanzas —un general, Morales Bermúdez— explica que «cuando hablamos de nacionalización de la Banca... nacionalización significa una mayor participación del capital peruano en la Banca privada». En Chile, el Presidente Frei había creado el vocablo «chilenización» para huir de nacionalización o estatificación. Estos movimientos son mucho más nacionalistas que socialistas.

● ¿Una Confederación?

La intención ahora sería la de una «Confederación ideológica revolucionaria» entre los dos países de los «nuevos militares». Lo ha dicho así un ministro boliviano, el de Planificación, en la ciudad de Lima, donde se ha entrevistado con Velasco Alvarado. «Los Gobiernos de Perú y Bolivia tienen de común que ambos son revolucionarios, nacionalistas y populares. La revolución está en marcha. Es inútil que el imperialismo y la oligarquía intenten desprestigiar las nacionalizaciones, como están haciéndolo en el caso de la Gulf Oil Company de Bolivia». La extensión de esta federación «revolucionaria» a Chile, tal vez con el general Viaux, hubiese dado una coherencia geográfica importante al empeño. Los «nuevos militares» se hubiesen definido más y más claramente.

● Las etapas militares

Pero, ¿quienes son, qué significan los «nuevos militares»? ¿Son realmente nuevos? ¿O siguen simplemente la tradición americana del «golpismo», de la «cuartelada», del «caudillismo»? En primer lugar, es imposible separar la idea

LOS NUEVOS MILITARES

de Ejército y la de poder en los países de la América Latina. «El Ejército es la última sociedad jerarquizada que nos puede salvar de la disolución demagógica», decía en 1925 Leopoldo Lugones. Leopoldo Lugones fue un poeta de corte decimonónico, aunque vivió a caballo entre los dos siglos, nutrido de un socialismo romántico y de un nacionalismo que desbordaba su patria natal —Argentina— para convertirse en panamericanismo. Esta exaltación al Ejército frente a la demagogia era más de izquierda que de derecha, utilizando un lenguaje común. El Ejército, en los países latinoamericanos, representaba, en aquella época, un papel reformista. Las etapas militares en Hispanoamérica son bastante claras. En primer lugar, los Ejércitos son «revolucionarios» en el sentido de que se forman espontáneamente para apoyar los movimientos de independencia frente a España. Los movimientos españoles del siglo XIX frente a la invasión francesa, con personas como Espoz y Mina, Juan Martín «el Empecinado» o el Cura Santa Cruz, pueden dar una idea de cómo con distintos fines, con distintas ideologías, surge un embrión de Ejército. Esto da lugar al «caudillismo», a la eclosión de personajes contradictorios y llamativos, como el argentino Juan Manuel Rosas, los mejicanos Porfirio Díaz y Pancho Villa; ese sentido del «caudillismo» no está muerto, y su espectro anida a veces en personajes tan opuestos como lo fue Pérez Jiménez o Trujillo, como lo es Fidel Castro. A veces toma el aspecto civil del «presidencialismo», o el hombre fuerte apoyado en una Constitución. La tradición está también anclada en los momentos estelares de las independencias. Los Ejércitos populares, las grandes bandas armadas, tenían como esperanza la instauración del poder civil. Se había anidado el famoso individualismo español, la religión «dura», el sentido del absolutismo de la corona; habían también anidado los ideales civiles de la revo-

lución francesa. Muchos ideólogos culpan a esta contradicción básica de la inestabilidad hispanoamericana, sin pararse mucho a analizar los problemas económicos profundos y el enorme dato de la continua intervención de Estados Unidos. Pero lo cierto es que, tras la independencia, los países hispanoamericanos construyeron su espina dorsal en una sociedad civil basada en las Constituciones. Los nuevos militares de entonces —y entonces sí que nuevos, puesto que acababan de improvisar un Ejército— eran, en realidad, civiles de uniforme. Salvo a algunos, tocados de la aventura revolucionaria, les interesaba volver al ejercicio de su profesión o su negocio civil una vez conseguida la independencia y votada una Constitución satisfactoria.

● Los profesionales

La segunda fase fue la necesaria creación de Ejércitos profesionales. Ejércitos definidos por las Constituciones como defensores de las fronteras, para la defensa nacional, para la lucha contra cualquier agresión exterior. La polémica de origen de la revolución cultural en China entre el Ejército popular y el Ejército profesional se planteó ya, incipientemente, en Hispanoamérica, después de la independencia. Se resolvió a favor de los Ejércitos profesionales. En muchos países se contrataron jefes militares extranjeros para que formasen el Ejército nacional. Otros mandaron sus jóvenes cadetes o sus militares ya graduados a academias extranjeras: muchos eligieron enviarlos a Estados Unidos. Estos Ejércitos profesionales se nutrieron de la clase media burguesa, principalmente. Jorge N. Labanca, en su estudio «Ejército y política en Hispanoamérica» («Seminarios», número 29), señala que no hay una doctrina militar ni militarista en el continente y que el Ejército recibe, además de las enseñanzas puramente técnicas, la idea de defensa del poder civil, de la democracia y de la Constitución. Hasta el punto de que en esa segunda fase de la intervención militar del Ejército en el poder —tomando como primera los Ejércitos revolucionarios de la independencia— los golpes militares que comienzan a producirse en el continente tienen como objeto la «defensa de la Constitución». El militar que se alza, entrega muchas veces el poder a una autoridad civil y respalda su autoridad para que pueda ejercer la Constitución frente a las demagogias denunciadas por Leopoldo Lugones. Las Constituciones, evidentemente, no son capaces de regular las enormes contradicciones económicas de capa país; por eso menudean las reformas constitucionales y también los pronunciamientos militares.



El general Ovando Cania, que tomó el poder en Bolivia el día 23 de septiembre de este año, después de deponer al Presidente Luis Adolfo Siles Salinas.

● Aparece el militarismo

La tercera fase es la que instala en el poder a un militar, autor del alzamiento —muchas veces a un militar que no se ha sublevado,

pero que tiene fama de íntegro y enérgico—, con una voluntad de permanencia. Son las dictaduras. El reino del «hombre fuerte», con su vestigio de «caudillismo» y el rechazo total de la Constitución: la suspensión de partidos y Parlamentos, de garantías constitucionales, la idea de «partir de cero» y de considerar que Constitución, democracia, liberalismo y otras ideas similares han conducido al país a una anarquía que sólo la fuerza total puede restaurar. En los últimos años ha habido algunas fases cambiantes, dentro de esta misma agrupación, generalmente procedentes de los cambios de orientación política en los Estados Unidos y de sus aliados, los grupos oligárquicos. En un principio, la política general americana —la de Truman, la de Acheson, la de Foster Dulles— consistía en favorecer la instalación de «hombres fuertes» en el poder. Con su singular monotonía política, los Estados Unidos partidarios de la fórmula única diseminaron por el mundo —Oriente Medio, Asia, Hispanoamérica— sus pequeños tiranos. Inevitablemente, produjeron reacciones revolucionarias, desde el momento en que el trágico descontento económico, las desigualdades sociales, no sólo no se corregían, sino que se aumentaban. Una de las consecuencias de aquellos tiranuelos fue la actual lucha en el Vietnam (provocada por la repulsa de Ngo Dinh Diem). En América produjo a Fidel Castro como reacción contra Batista. En una segunda parte —la época Kennedy—, los errores de los «hombres fuertes» fueron denunciados, y se entendió que la mejor forma de la contrarrevolución era la democracia. Cayeron los cabecillas, se restauraron las Constituciones, aparecieron las urnas. Todo duró hasta la muerte de Kennedy y la aparición de Johnson: la intervención armada de los Estados Unidos en Santo Domingo para evitar el regreso de Bosch —el cual había sido alentado y sostenido durante la época Kennedy— marcó el principio al regreso de los generales y de las dictaduras.

Experiencia Frei

La única experiencia civil que pudo mantenerse fue la de Eduardo Frei, en Chile. «Es un hecho —proclamó Frei— que América Latina vive un proceso revolucionario debido, entre otras razones, a que en la mayor parte de las regiones una gran parte del pueblo está falto de medios de cultura, de paz, de trabajo, y, lo que es peor, de esperanzas». «Todo el problema reside en un conjunto de circunstancias políticas, humanas, sociales y morales donde se nutren el descontento y la angustia». Proclama «la revolución en la libertad». Pero Frei se encuentra con la desconfianza de la izquierda, que ve en él un instrumento contrarrevolucionario, y de la derecha, que cree que de verdad la reforma agraria y la «chilenización» van contra sus intereses. La experiencia Frei está a punto de



El general Velasco Alvarado, Presidente del Perú, asiste en Talara a la conmemoración de la nacionalización del petróleo. Velasco llegó al poder el 3 de octubre de 1968.

agotarse. Sus años de presidencia terminan el próximo, la Constitución le impide ser elegido y su acción no ha sido suficiente como para cambiar las estructuras del país. La acción del general Viaux puede contemplarse también como un primer paso en la lucha por la sucesión de Frei y de su reformismo.

«Nuevos militares»

Los «nuevos militares» pueden o no pueden ser una cuarta fase de esta relación ejército-poder en América Latina. Habrá que continuar observando la experiencia para saber dónde conduce. Para muchos, este fenómeno de nacionalismo exacerbado, teñido de socialismo, es lo que sus propios ingredientes indican: un nacionalsocialismo, es decir, un fascismo. Un neofascismo. Una demagogia que cubra las necesidades nacionalistas del pueblo, quitándole los impulsos revolucionarios reales y satisfaciendo las reclamaciones de la oligarquía. Para otros, carece de novedad: es un peronismo, un justicialismo. El «justicialismo» de Perón mantenía el lema de «justicia social, independencia económica, soberanía popular». Como forma de fascismo, fue contradictorio, no se sujetó a una doctrina clara, sino que traspasó los límites permisibles de lo conyuntural, situado sobre lo sentimental y lo obrerista. Los que derribaron a Perón, los que le sustituyeron, no han podido acabar con el «justicialismo», que sigue siendo una gran fuerza política en el país.

¿También la CIA?

Otra versión que comienza a extenderse es que bajo el aspecto de enemistad a los Estados Unidos de los «nuevos militares» puede esconderse, precisamente, una fuerza de los Estados Unidos. Se habla de la CIA. La escasa reacción de Washington contra Perú y Bolivia, a pe-

sar de sus nacionalizaciones, preocupa mucho a los diplomáticos. ¿Por qué? Hay rumores de que Ovando había recibido una oferta de seiscientos mil dólares de la Gulf Petroleum para financiar su campaña electoral, de que la misma compañía petrolera presionó sobre el departamento de Estado para que reconociera el régimen boliviano que iba a nacionalizarla. La nacionalización implica el pago de una indemnización a la compañía —sus inversiones son unos ciento cuarenta millones de dólares— lo cual puede tranquilizar a la Gulf, pendiente continuamente de los sabotajes de las guerrillas, de un triunfo revolucionario que la expulsase del país sin indemnización. Se dice, en fin, que la CIA ha llegado a la conclusión de que los «nuevos militares» son ahora la única defensa contra la «revolución inevitable» de que había hablado Robert Kennedy, cuando explicó que lo único que podían hacer los Estados Unidos era canalizar esa revolución.

... Y la URSS

Cierta forma política de la Unión Soviética puede coincidir ahora con esta intención de la CIA, si es que tal intención existe. La URSS no ha sido nunca partidaria de las guerrillas, y uno de los problemas planteados en el seno del comunismo ha sido el de esta forma de lucha. Los partidos comunistas oficiales han desaconsejado continuamente la forma guerrillera, que les parecía sin finalidad práctica real y, al contrario, capaz de provocar reacciones de mayor fuerza —como han parecido demostrarlo las muertes de Ernesto Guevara y de Paredo—, y, en cambio, han elegido la lucha «dentro del sistema», mientras la URSS, como potencia mundial, ha colaborado con algunos de los regímenes comprometidos en la lucha antiguerrillera. Esto explica que los «nuevos militares» se apresuren a entablar relaciones con los países comunistas y, al mismo tiempo, que intenten mantener una relación con carácter de tregua con Cuba. Se ha llegado a contradicciones como la de que en la marcha anti-imperialista con que se conmemoraba en La Paz el aniversario de la captura y muerte del «Che», no se pronunciase una sola palabra contra el autor visible de esa muerte, el general Ovando, mientras que los gritos se dirigían exclusivamente contra los Estados Unidos. Cuba, por su parte, aparece como moderada frente a estos nuevos regímenes.

Estructura de los Ejércitos

La formación actual de los Ejércitos en Hispanoamérica favorece esta posibilidad. Salvo los casos de gigantismo militar, como Argentina y Brasil, que reúnen por sí solos la mitad de los cuerpos armados del continente latinoamericano, los Ejércitos forman una fuerza no mayor de treinta o cuarenta mil hombres —en Méjico es superior—, lo que da una densidad militar muy inferior a la de los países más des-

arrollados. Estas fuerzas suelen ser compactas, bien armadas, bien adiestradas, bien pagadas. Los presupuestos militares de Hispanoamérica se fijan en un 25 por ciento (medio) del presupuesto general. (Datos de Lieuwen en «Arms and politics in Latin America», Nueva York, 1961, y del «Interamerican statistical yearbook»). Es decir, que su formación permite ser una espina dorsal de la nación siempre que estén apoyados por otras fuerzas —sindicales, de partidos, universitarias—, con lo cual la situación original de apoyo militar a la sociedad civil queda invertida, como manifestación actual del proceso entre Ejército y poder. Si en la forma anterior —y en la actual en países como Argentina y Brasil— el Ejército se enfrenta a la sociedad civil, en ésta encuentra, o trata de encontrar, los resortes para ser apoyado por ella.

Incógnitas

Que prospere o no la fórmula es correlativo a la capacidad de reformar las estructuras sociales sobre las que actúa. Cuando Frei, los Kennedy, Castro o Regis Debray, cada uno desde su punto de vista, consideran como inevitable la revolución en Hispanoamérica, todos se basan en los mismos datos objetivos. Un continente de baja presión de población (doscientos cincuenta millones de habitantes para veinte millones de kilómetros cuadrados), pero con la explosión demográfica más fuerte del mundo (doscientos setenta y tres millones de habitantes el año próximo, trescientos cincuenta y ocho, en 1980, seiscientos millones el año 2000) que supera todos los índices de crecimiento industrial, de forma que si este crecimiento no se potencia rápidamente, la pobreza irá necesariamente multiplicándose. Un reparto agrario irregular, que pone en manos de unas cuantas familias la mayor parte de las tierras produce no solamente la angustia en el campo, sino la invasión de la ciudad por las poblaciones periféricas, con la creación de los cinturones revolucionarios que son las «favelas» de Río, los «ranchos» de Caracas, las «barriadas» de Lima.

Hasta ahora, con todos los intentos interiores y exteriores, no se ha llegado a la modificación de esas situaciones. ¿Podrán hacerlo los «nuevos militares»? ¿Son auténticamente revolucionarios, o son muros, antes dilatorios, Kerenskys del imperialismo norteamericano, para retrasar la revolución popular? Si son honestos y auténticamente revolucionarios, ¿podrán resistir la presión de los grandes intereses de Estados Unidos? Si están al servicio de las oligarquías, ¿podrán defenderse de la presión popular cuando ésta se sienta defraudada? Pronunciarse sobre cualquiera de estas cuestiones es naturalmente prematuro. Pero no hará falta que transcurra mucho tiempo antes de que se desmascaren. ■ J. A. Fotos: EUROPA PRESS, CIFRA y ARCHIVO.